Lo sabemos y lo hacemos igual: comportamiento seguro y accidentes



Son las seis y media de la mañana. Un compañero con años de oficio llega a su puesto, ve que el casco quedó en la camioneta y piensa: «Es un minuto, voy y vuelvo». Nadie se lo impide y nadie se lo exige. No es que ignore lo que puede pasar: lo sabe perfectamente. Esa es la parte incómoda de la charla de hoy. Muchos accidentes no ocurren por falta de conocimiento, sino porque sabemos lo que hay que hacer y, por apuro, por confianza o por costumbre, hacemos otra cosa.

Antes de seguir, quiero preguntarles algo: ¿qué creen que está detrás de la mayoría de los accidentes? ¿La máquina, la herramienta, el clima, la mala suerte? Les doy un momento para pensarlo y escucho sus respuestas, porque cada una de ellas nos va a servir para lo que sigue.

¿Por qué ocurren realmente los accidentes?

Cuando se investigan los accidentes con seriedad, casi siempre aparece una decisión humana en algún punto de la cadena: una protección que se sacó, un paso que se salteó, una duda que no se consultó. Por eso el factor humano aparece como protagonista principal, muy por encima de las fallas de las máquinas y las herramientas. Ahora bien, hablar de factor humano no significa buscar culpables. Significa entender que la forma en que pensamos, decidimos y actuamos en cada tarea puede abrir o cerrar la puerta al accidente, y eso vale tanto en la planta como en el taller de casa.

Hay algo más que conviene decir con honestidad: el comportamiento nunca se da en el vacío. Los plazos ajustados, las herramientas inadecuadas o el ambiente donde «siempre se hizo así» empujan a decidir mal. Por eso la Ley 19.587 y el Decreto 351/79 reparten la responsabilidad: la empresa debe brindar condiciones seguras, capacitación y elementos de protección, y cada trabajador debe cumplir las normas, usar esos elementos y cuidar su seguridad y la de sus compañeros. Las dos partes cuentan. **La rutina no elimina el riesgo; solo hace que dejemos de verlo.**

Los errores de comportamiento que más se repiten

El primero es la confianza excesiva. Quien lleva quince años haciendo la misma tarea sin un rasguño empieza a creer que el peligro no va con él y baja la guardia justo cuando más atención necesita. Se parece mucho al conductor experimentado que no se pone el cinturón porque va a la vuelta de la esquina. El segundo es el apuro. La impaciencia lleva a saltarse el bloqueo de energías, a no esperar el permiso de trabajo o a subirse a una escalera sin asegurarla. **Trabajar rápido nunca debe significar trabajar inseguro.**

Luego vienen los errores más silenciosos: olvidarse del casco, los anteojos o los guantes sabiendo que se necesitan; ignorar una norma porque «no es para tanto» y total, si hay una emergencia, ya sabremos arreglarnos; hacer bromas o empujones en una zona de trabajo; no aceptar una corrección de un compañero porque lastima el orgullo; o escudarse en excusas del tipo «a mí nadie me dijo». A esto se suma el error más grave de todos: presentarse a trabajar bajo los efectos del alcohol u otras sustancias, que alteran los reflejos y el juicio y ponen en riesgo a todo el equipo. Todas estas actitudes nacen del mismo pensamiento: «a mí no me va a pasar».

Cuando el error se paga caro

Las consecuencias de una actitud insegura rara vez se quedan en quien la tuvo. Una caída por no anclar bien el arnés puede terminar en una incapacidad permanente. Una chispa por no controlar el área de un trabajo en caliente puede alcanzar a toda una cuadrilla. Una broma con un autoelevador puede cambiarle la vida a alguien que simplemente pasaba caminando. Y detrás de cada lesión hay una familia esperando a alguien que no llega a la hora de siempre.

Pero el problema no termina allí. Están también los costos que se ven menos: la tarea detenida, la investigación, el equipo golpeado anímicamente y la culpa del compañero que estaba al lado y no dijo nada. Lo más duro es que casi siempre el accidente se venía anunciando. **Los accidentes no aparecen de repente. Se construyen con pequeños descuidos**, y cada descuido que sale sin consecuencias nos enseña, equivocadamente, que no pasa nada. Hasta el día en que pasa.

Cómo convertir la actitud en hábito seguro

Así como hay actitudes que nos ponen en peligro, hay otras que nos protegen: la disciplina de seguir el procedimiento aunque nadie nos mire, la responsabilidad de hacernos cargo de nuestras decisiones, el control de los impulsos para frenar y pensar antes de actuar, la paciencia y el respeto por el compañero. Quien se conoce sabe cuándo está cansado, apurado o distraído, y se anima a decir «paremos un momento». Eso no es debilidad: es madurez profesional.

En la práctica, esto se traduce en acciones concretas. Antes de empezar, analizar la tarea y preguntarnos qué puede salir mal y qué barrera nos protege. Usar siempre los elementos de protección personal, recordando que son la última defensa cuando los demás controles no alcanzan y que, por eso mismo, no se negocian. Cumplir los procedimientos y los permisos de trabajo aunque parezcan lentos. Avisar de inmediato a nuestro supervisor ante cualquier condición insegura y detener la tarea si algo no está bien: frenar a tiempo es una decisión valiente y esperada en este equipo. Y animarnos a corregir y a ser corregidos entre compañeros, sin orgullo, porque cuidar al otro también es parte del oficio. Ninguna de estas actitudes viene de nacimiento: se aprenden y se entrenan todos los días.

Por eso hoy les propongo un ejercicio. Cuando lleguen a casa, tómense unos minutos y repasen con sinceridad la jornada: ¿qué actitud me puso en riesgo?, ¿cuál debería practicar más? Nadie va a evaluar la respuesta; es solo de cada uno. La seguridad no consiste únicamente en cumplir procedimientos, sino en construir una cultura donde cada persona regrese sana y salva a su hogar al finalizar la jornada. Y esa cultura se arma con lo que cada uno decide hacer, hoy y todos los días.